MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Plenitud del Sacerdocio de Cristo

que encierra en sí la Divinidad
y el compendio apretado de toda la creación,
en su serse tan Dios como hombre
y tan hombre como Dios, siendo

El Cristo Grande de todos los tiempos

por la plenitud de su divinidad
y la abarcación perfecta y consumada
de la vida de todos los hombres,
vivida por Él en cada uno de los momentos
de su existencia terrena,
en la dimensión penetrativa y abarcadora
de su Canto divino y humano
en manifestación de Eternidad,
perpetuado durante todos los tiempos
en el seno de la santa Madre Iglesia

Editorial Eco de la Iglesia

Nihil Obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 29-6-2003

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:
«LA IGLESIA Y SU MISTERIO»,
«VIVENCIAS DEL ALMA» y
«FRUTOS DE ORACIÓN»

1ª Edición: Marzo 2000
© 2003 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45	Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *(Santa Sede: Congregación para el Clero)*

ISBN: 84-86724-44-9

25-10-1974

PLENITUD DEL SACERDOCIO DE CRISTO

Mi *alma-Iglesia* necesita, por la exigencia de la perfección para la cual Dios la creó, gozar y disfrutar en la penetración saboreable del porqué de todas las cosas. Y por eso, cuando, en mi pequeñez, barrunto en saboreo amoroso el porqué del eterno Seyente, adoro, desplomada de amor, del modo más perfecto que puedo hacerlo en la tierra, con el disfrute dichosísimo de saber que la adoración es la respuesta más adecuada de la criatura ante la excelencia perfectísima del infinito Ser. Sólo adorando mi espíritu se siente descansado, respondiendo al Amor eterno, en rendimiento total con todo cuanto soy y poseo.

Pero también, cuando entro en el porqué de la Encarnación, en su modo de ser y en la hondura de su realidad, translimitada, adoro trascendentemente, según la criatura es capaz de hacerlo frente al Creador.

¡Misterio pletórico de realidad, que, como manifestación del poderío y de la magnificen-

cia del infinito Poder, encierra en sí la realización perfecta del plan de Dios para con el hombre...!: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia»[1]. Porque en la Encarnación es dicho el romance de amor de la misma Trinidad y toda la realidad divina y creada, conteniendo en sí a Dios dándose al hombre y al Hombre retornándose al mismo Dios en Canción divina y humana.

¡Qué concierto de armonía, en teclear de inéditos matices, encierra, en el silencio de su trascendencia, el misterio subyugador de la Encarnación...! En él Dios se dice al hombre tal cual es, y en él el hombre se retorna a Dios tan maravillosamente que, en la unión y por la unión indisoluble e hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana, el mismo Verbo infinito Encarnado del Padre es la Canción retornativa, en respuesta al infinito Ser.

La Trinidad se da al hombre por Cristo en la Encarnación, y el hombre es injertado en la Tri-

[1] Ef 1, 3-6.

nidad por este glorioso misterio. Por lo que, el descanso de mi vida es adorar a Dios por lo que es en sí, por sí y para sí, y en el misterio del Sacerdocio de Cristo, realizado y compendiado en la Encarnación.

Por el misterio del Verbo Encarnado, descubro el compendio apretado de todo el plan de Dios terminado con relación al hombre, en la consumación de su perfección. Dios se hizo Hombre para que el hombre, por Cristo, con Él y en Él, fuera Dios por participación y, viviendo de la perfección eterna, llenara el plan para el cual fue creado: «A cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre»[2]. Cristo es Dios con toda su dimensión infinita dándose al hombre, y es el Hombre que, con la contención de toda la creación, se entrega en respuesta de amor por toda ella a la coeterna e infinita Trinidad, siendo Él la segunda persona de la misma Trinidad.

El misterio de la Encarnación es la manifestación de la vida de Dios hacia fuera, en su Unidad de ser y en su Trinidad de Personas. Dios vive con el hombre, por Cristo, toda su realidad; y el hombre vive con Dios, por Cristo, de la perfección infinita, en intercomunicación familiar con todos los hombres.

[2] Jn 1, 12.

¡Oh misterio trascendente de la Encarnación, capaz de contener lo incontenible, porque es poseedor del mismo Verbo infinito Encarnado, que, en el seno de María, se trae consigo al Padre y al Espíritu Santo para morar en la Señora en recreo de amor y comunicación interfamiliar de vida trinitaria y, por la Maternidad divina y universal de María, con todos los hombres...!

¡Oh Misterio que hace posible que el Hombre pase a ser el Unigénito del Padre, la Palabra expresiva que, en borbotones de ser, sale de su Boca como manifestación candente de infinita sabiduría...! ¡Misterio luminoso por el que el Eterno vive con los hombres siendo uno de ellos en el tiempo...!

El sacerdocio es unión de Dios con el hombre. Por lo que Cristo, que es por sí mismo la unión de Dios con el hombre, es la plenitud del sacerdocio; siendo la unción de la Divinidad sobre su humanidad tan desbordante, ¡tanto, tanto...! que no tiene más Persona que la divina.

¡Qué unión la de la Divinidad y la humanidad, en Cristo...! ¡Qué perfección de compenetración...! ¡Qué plenitud de realidad, por la cual, en la Persona infinita del Verbo Encarnado, quedan encerrados, en y por la unión de las dos naturalezas Divina y humana, el Cielo y

la tierra, el Creador y la criatura, la eternidad y el tiempo, con todo cuanto contiene Dios y con todo cuanto contiene la creación...!

«Cristo es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles…; todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él»[3].

La plenitud del sacerdocio de Cristo le hace ser: la Unción y el Ungido, la Divinidad y la Humanidad, la Santidad infinita y el Recopilador de los pecados de los hombres, la Adoración perfecta y el Derramamiento de infinita misericordia; y la Respuesta que, en victimación sangrienta, satisface adecuadamente a la santidad del Dios tres veces Santo ofendida.

¡Oh plenitud del sacerdocio de Cristo, que tiene el poder de ser por su Persona divina cuanto puede ser en la potencia infinita, y de ser en sí mismo Hombre, con la capacidad abarcadora de todos los hombres de todos los tiempos, y con la respuesta adecuada a la inmensidad del Ser, en adoración y en derramamiento sangriento de víctima redentora, pudiendo decir en derecho de propiedad: Yo soy el Sumo y Eterno Sacerdote, porque soy en mí

[3] Col 1, 15-17.

y por mí y en la perfección de mi realidad Dios y Hombre, con la posibilidad infinita que Dios se es y se tiene, y con la posibilidad máxima que el hombre es y puede ser!

Jesús es Dios con el Hombre; pudiendo decir por la plenitud de su Sacerdocio: Yo soy Dios y Hombre; Yo soy en mí la Unción sagrada y el Ungido; Yo soy el Donador infinito y el Recopilador de toda la humanidad; Yo soy el Plan de Dios terminado en el modo perfectísimo que el infinito Ser inventó en su eterna sabiduría, así como la Respuesta que Él mismo quería recibir de la humanidad. Más aún: Yo soy, por mi divinidad, cuanto soy en la subsistencia infinita que, como Palabra del Padre, de Él he recibido; y Yo soy, como Hombre, la Adoración perfecta ante la infinita santidad del Sumo Bien ofendido; Yo soy la Complacencia del Padre al mirar al Hombre, porque en mí se ve tan maravillosamente reflejado, que gozosamente puede decir: «Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias»[4].

Cristo es la Adoración perfecta del Padre que, ante la excelencia de la infinita Santidad, responde adecuadamente a su perfección. Y Dios descansa porque es adorado por la criatura como Él infinita y eternamente se merece.

[4] Mt 3, 17.

Jesús, Adoración del Padre, por la excelencia inexhaustiva de su santidad, ante esta misma Santidad ofendida y ultrajada, como manifestación amorosa, necesita repararla, y, en un supremo acto de adoración expiatoria, muere, respondiendo en el grado más perfecto que la criatura puede hacerlo frente al infinito y coeterno Ser ofendido.

«Cristo, constituido Pontífice de los bienes futuros…, por su propia sangre entró una vez en el santuario, realizada la redención eterna»[5].

La vida de Jesús, consumada paso a paso en su dolorosa victimación, es la expresión deletreada en sangriento desgarro del amor de Dios, que, lleno de misericordia, se derrama sobre el hombre; y es deletreo de victimación que glorifica al mismo Amor infinito ofendido.

¡Oh misterio secretísimo de la Encarnación, que contiene lo incontenible y manifiesta lo inmanifestable a través de las apariencias sencillas, captables y vivas de una humanidad tan maravillosamente adherida a la Divinidad, que hace posible que Dios llore en Belén, reviente en sangre en Getsemaní y muera desnudo de todo consuelo en el desgarro de la cruz, como adoración perfecta de infinita reparación!

[5] Heb 9, 11-12.

¡Oh «locura» del Amor infinito...! ¿Habrá algo que, una vez que Dios se hace Hombre, no sea capaz de ser? Y por eso, en el derramamiento de ese mismo Amor, se hace Pan, Vino y Prisionero de nuestros sagrarios en la prolongación de los siglos que Él mismo encierra en sí, para ser, a través del misterio de la Eucaristía, el Cristo glorioso, pero victimado, que nos canta, en un himno de gloria, su amor infinito.

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que Yo le daré es mi carne, para la vida del mundo»[6].

Mi pobrecita lengua quisiera romper en un cántico pletórico de delirantes melodías..., quisiera teclear inéditos conciertos..., para decir, en mi modo de ser y expresar, algo de la trascendencia que a los pies de mi Sagrario, iluminada por el Espíritu Santo, concibo del inexhaustivo misterio de la Encarnación, manifestado amorosamente en la vida de Cristo durante sus treinta y tres años, llenando la perfección de su victimación con su muerte en la cruz y perpetuado durante todos los tiempos en la Iglesia.

¡Qué grande es Cristo...! ¡Qué trascendente el misterio que encierra...! ¡Qué pletórica y aplastante su realidad...! ¿Qué puede ser en sí que no sea, si es por su Persona divina todo cuanto puede ser en la misma posibilidad infinita de Dios, y por su humanidad todo cuanto el hombre puede ser en su posibilidad creada...? Como Dios, vive en unión con el Padre y el Espíritu Santo en la intercomunicación familiar de su vida trinitaria; y como Hombre, en la unión familiar de todo el que, adhiriéndose a Él por el misterio de la Iglesia, es tan uno con Él, que es parte de su Cuerpo Místico, pasando a ser miembro suyo por el compendio apretado del misterio de la Encarnación. «Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, cada uno por su parte. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad»[7].

Cristo también es la Contención apretada de todos los tiempos con todos los hombres, abarcando, en el compendio de su realidad, la creación. Porque Él es el Cristo Grande que, en la perpetuación del misterio de la Iglesia, quita los impedimentos de la distancia y del tiempo para el que, injertado en Él, le vive como miembro suyo en la realidad apretada que Él en sí contiene.

¡Oh misterio avasallador de la Encarnación que hace posible que el Dios-Hombre, por la perfección abarcadora de su humanidad, encie-

[6] Jn 6, 51.

[7] 1 Cor 12, 27. 7.

rre en sí a los hombres de todos los siglos, haciendo desaparecer, por la plenitud de la extensión de su gracia, hasta el tiempo con la distancia de su prolongación...!

No existe, para el Cristo Grande de todos los tiempos, ningún impedimento que le separe ni un ápice de ninguno de sus hijos, porque todos están contenidos en Él, haciéndoles vivir de la plenitud de su sacerdocio directamente en el manantial insondable e inagotable de su derramamiento.

Así como las tres divinas Personas, teniendo un solo ser, viven en la intimidad de su vida trinitaria siéndose toda su inexhaustiva perfección, en el misterio de Cristo todos somos uno con Él, de un modo tan perfecto, apretado e interfamiliar, que Él es la Cabeza de todos sus miembros; formando el Cristo Grande de todos los tiempos, y siendo capaces, por el misterio maravilloso de la Encarnación, de vivir por Cristo, en Él y con Él, en intercomunicación de vida familiar entre todos nosotros e, injertados en Cristo como los sarmientos en la vid[8], con el Padre y el Espíritu Santo: «Padre, que sean uno como Tú y Yo somos uno»[9].

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que permanece en mí y Yo en él, ése da fruto

[8] Cfr. Jn 15, 5.

[9] Jn 17, 11.

abundante; porque sin mí no podéis hacer nada»[10].

¡Qué grande es la Iglesia, perpetuación viva y viviente de Cristo con nosotros, contención de su misterio y donación de todo él en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida...!

Por medio de la Iglesia, Cristo está con nosotros durante todos los tiempos; y nosotros con Él en el suyo, pasando a ser el tiempo, que aparentemente a mí me separa de Cristo, como un fantasma de imaginación que queda reducido a la nada por la grandeza de mi vida de fe, esperanza y caridad, la cual me hace vivir a Cristo sin fronteras, sin distancias y sin nada que se interponga entre Él y yo. Porque, ahondada en la concavidad profunda de su costado abierto, bebo a borbotones del manantial de su vida infinita que, brotando del pecho de la Trinidad, por Él se me da en saturación de divinidad. Y también, en su costado abierto, me sacio de la plenitud de su sacerdocio, que, en derramamiento de victimación, responde, en un himno de adoración, al Amor infinito ultrajado, en entrega perfecta.

Mi *alma-Iglesia* sacia toda su sed torturante a los pies del sagrario junto al Dios llagado que, ante la infinita Santidad ofendida, murió como himno de glorificación sangrienta.

[10] Jn 15, 5.

¡Oh si yo pudiera dar gracias a Dios por el derramamiento de su amor, por la plenitud de cuanto Él es en sí, y por la magnificencia de cuanto en su misterio concibo!

«Por eso yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma su nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra, para que, según la riqueza de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios»[11].

Mi pobrecito ser no es capaz de realizar lo que necesita, por la pequeñez de mi contención. Pero, no importa; ahí está Cristo, que es la Acción de Gracias plena, respondiendo a Dios tan perfectamente, que, en su retornación, le canta el Cántico infinito que sólo Él puede cantarse. Y es tan grande y real la plenitud del misterio de la Encarnación, que por él, cuando el Padre me mira, en mí ve a Cristo, y me ve tan hecha una cosa con Él, que soy uno de los miembros de su Cuerpo Místico, pudiendo mi *alma-Iglesia,* llena de gozo en la saturación de

[11] Ef 3, 14-19.

su sabiduría, escuchar al Padre llamarme: Hijo mío, recreo de sus complacencias e imagen de su perfección.

¿Qué eres Tú, Jesús, que me hiciste contigo palabra viva que expresa a Dios en respuesta de glorificación amorosa...? ¿Qué eres Tú, Jesús, que me diste posibilidad, por la participación de tu sacerdocio, de ser redención de los hombres? ¿Qué eres Tú, Jesús...? ¿Qué eres Tú, Jesús...?

Yo hoy, translimitada por el compendio apretado que de Ti comprendo por mi vida de fe, te adoro del modo descansado que la criatura, injertada en Ti, puede hacerlo.

Gracias, Señor, porque en Ti ya puedo adorar a Dios como necesito, porque en Ti, participando de la plenitud de tu Sacerdocio, puedo sentirme adoración que, en acción de gracias y reparación, responde al Amor infinito ultrajado. Gracias, Jesús, porque en Ti y por Ti, puedo ser alimento de vida en derramamiento abundante de divinidad para todos los hombres, sin distancia de tiempo y lugar.

Desde el misterio de la Encarnación se trasciende al Increado, pero en el secreto profundo del seno de María, donde la Trinidad es cubierta por el manto intocable de la virginidad de la Señora.

Dios vive en el ocultamiento velado de su virginidad infinita en el *Sancta Sanctórum* de su santidad eterna, envuelto en el Templo trascendente de su infinito ser. Nadie puede entrar en él sin ser introducido por el brazo omnipotente de su poder, en derramamiento de misericordia eterna.

Pero Dios quiso que entrásemos por la invitación de su Palabra Encarnada, y, para esto, se buscó la manera de dársenos envuelto en el *Sancta Sanctórum* del seno de María, cubierto por el velo inmaculado de su esplendorosa virginidad. Por lo que, para descubrir y entrar en lo profundo de Dios, se necesita ser introducido por la mano amorosa de la Maternidad de María.

Toda la grandeza de Nuestra Señora, que también como la de Cristo fue manifestada en Belén, en el Calvario y en su gloriosa asunción al cielo, le viene por el misterio de la Encarnación en la plenitud del sacerdocio de Cristo.

También María tiene un sacerdocio que se llama: Maternidad divina; porque fue tan pletóricamente ungida por la Divinidad, que puede decir en derecho de propiedad al Hijo de Dios: Hijo mío, con el mismo derecho con que se lo puede decir al Hijo del Hombre. «El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, María, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por

eso el Santo que de Ti nacerá será llamado Hijo de Dios»[12].

En María, su sacerdocio se llama: Maternidad divina, porque es el medio por donde Dios se une al hombre y el hombre queda injertado, por Cristo, en Dios. Y Ella, siendo Madre del mismo Dios Encarnado, por el sacerdocio de Cristo, responde con Él, como Madre en la plenitud de su maternidad sacerdotal, en adoración, acción de gracias y reparación, por la ofrenda de su Hijo infinito Encarnado, hecha al Padre. Y así como Dios puede decir al encarnarse: Yo soy Dios y Hombre en la plenitud de mi sacerdocio, en María, su maternidad es tan maravillosa, tan divina, que le hace en derecho de propiedad ser Madre de Dios y Madre del Hombre. Todo lo demás en Ella es consecuencia del obrar perfecto de Dios en derramamiento sobre su maternidad. ¡Oh Maternidad divina de María, rebosante de plenitud y saturada de sacerdocio...!

Todo lo que en Cristo hemos visto de su sacerdocio en el misterio de la Encarnación, a través de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo, se puede aplicar a María, en el modo y en el grado de su Maternidad divina, por la perfección de su sacerdocio, que hace posible que en Ella, por Ella y a través de

[12] Lc 1, 35.

su Maternidad divina, se realice lo inconcebible: Dios que dice: Yo soy Hombre; y el Hombre: Yo soy Dios; María que dice a Dios: ¡Hijo mío!; y Dios, a María: ¡Madre mía! El dicho de Dios no es como el nuestro, sino que, según la perfección de su infinito ser, cuando habla, obra lo que dice en realización terminada de cuanto pronuncia.

Dios hizo a María tan perfecta, a imagen de su eterna Virginidad, que le dijo su Palabra tan infinitamente, que María, en el amor del Espíritu Santo, por su toque de fecundidad en su seno, rompió en una fecundidad de virginidad tan pletórica, que fue, en derecho de propiedad, Madre del Unigénito del Padre, Encarnado.

Por lo que, si Cristo es Redentor, María Corredentora; si Cristo es la Adoración, María Adoradora; si Cristo es la víctima, María le ofrece y se ofrece con Él al Padre, en función de su específico y peculiar sacerdocio, con el derecho que su maternidad le da.

«Simeón los bendijo y dijo a María, su Madre: "Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones"»[13].

[13] Lc 2, 34-35.

Porque si Cristo es, por su sacerdocio, la contención y realización de todo el plan de Dios para con el hombre, lo es por María y por su Maternidad divina, donde se realiza la unión del hombre con Dios con toda la contención de donación infinita que esto encierra. Dios se nos da por María y nos levanta a sí, sublimándonos tan maravillosamente, que nos introdujo en la hondura profunda de su pecho.

Mi pobrecita alma, ante el misterio de la Encarnación realizado en el seno de Nuestra Señora, se siente desplomar en amor a Dios, a Cristo y a María, sabiendo, en el saboreo experimental de mi ser de Iglesia, que, acurrucándome en mi Virgen Madre, podré, sin morir, contemplar en la tierra el misterio trascendente de la Encarnación.

María es la antorcha de mi vida, el sendero de mi caminar, el amparo en mis peligros, la maternidad de mi filiación, la nueva Mujer por la cual vivo de Dios en el saboreo profundo de su misterio. Y, en la medida que sepa adentrarme en el seno de mi Virgen Blanca, se me darán y manifestarán en la tierra todos los misterios del infinito Ser, que, en el derramamiento pletórico del sacerdocio del Hijo de la Virgen, se me deletrea desde su seno, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

¡Qué sencillo es el plan de Dios...!, ¡qué tierno...!, ¡qué dulce...!, ¡qué maternal y qué amoroso...! Era necesario que Dios se diera a los hombres con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo. Y esto en la tierra se llama: ¡María!, que, levantada hasta lo recóndito del pecho de Dios, es toda Ella Maternidad divina, capaz de arrancarle al Padre eterno el Hijo infinito de sus entrañas y traérnoslo para que nos dijera, en deletreo de amor, su romance de donación eterna.

La virginidad de María fue tan rica en la adhesión de todo su ser al Infinito, que hizo posible que el beso intocable del Espíritu Santo la hiciera romper en Maternidad divina, y, por esta maternidad, Dios fuera Hombre.

¿Cómo querrán los hombres manifestar el verdadero rostro de la Iglesia, ocultando y queriendo hacer pasar desapercibida la brillantez de la grandeza de María? ¿Dónde irá por sabiduría divina aquel que no sabe recibirla en el ánfora preciosa donde la eterna Sabiduría se encarnó para manifestarse en resplandores de santidad bajo la rompiente infinita de su explicativa Palabra?

Mi alma, creada para el Sumo Bien, se lanza al pecho de Dios, en los brazos de María, y Ella, introduciéndome en el recóndito de su maternidad, me impulsa hacia el mismo Dios, para que, adentrándome en los manantiales de

sus inagotables afluentes, contemple, viva y participe del eterno Seyente fluyendo en tres Personas.

¡Oh fecundidad de María, que hace que el Verbo infinito del Padre sea pronunciado en sus entrañas virginales tan maravillosamente que, en el requiebro gozoso del Amor eterno, sea obrado el gran misterio de la Encarnación y, por su parto glorioso, manifestado a todos los hombres...!

Cuántas veces, iluminada por el Espíritu Santo, he comprendido, subyugada de amor, que todo cuanto Dios me ha dado, me da y me dará, será por y a través de la maternidad de María, y que en la medida que viva mi filiación con Ella, Dios se me comunicará. María me lleva a Dios, y yo, como criatura pequeñita, poseo lo imposible en la medida y dimensión que me introduzco en el *Sancta Sanctórum* de las entrañas virginales de Nuestra Señora.

La Encarnación, en Cristo, es misterio de sacerdocio; y en María, por su maternidad, es también misterio de sacerdocio.

Por su sacerdocio, Cristo le dice al Padre: Yo soy el Hombre; y a los hombres: Yo soy Dios; con todo lo que esto encierra de donación por parte del mismo Dios, y de respuesta en adoración, acción de gracias y reparación, por parte del Hombre.

Por su sacerdocio, María es Madre de Dios, y Dios, Hijo de una Mujer, dándole el Verbo Encarnado tal plenitud a la maternidad de María, que, por sobreabundancia extensiva de esta pletórica realidad, la Virgen es Madre de todos los hombres. ¡Misterio inefable del infinito amor de Dios...! ¿Quién podrá conocerlo sin hacerse tan pequeñito que sea capaz de perder su pobrecita comprensión y, adhiriéndose a la de María, vislumbrar en Ella y con Ella todos los misterios divinos? Dios dio a su Madre una comprensión tan grande de sus misterios, que la hizo contener lo incontenible, del modo trascendentemente inimaginable que le corresponde a su Maternidad divina.

El sacerdocio es unión de Dios con el hombre, por lo que Cristo, que es por sí mismo la unión de Dios con el hombre, es la plenitud del sacerdocio. Pero, como ese sacerdocio es realizado por la Maternidad divina de María, en Ella y por Ella Dios se une al hombre.

Por la plenitud del sacerdocio de Cristo, la virginidad de María, al romper en Maternidad divina bajo la acción fecunda del Espíritu Santo, es maternidad de sacerdocio; distinto del sacerdocio ministerial del Nuevo Testamento, el cual es prolongación y perpetuación del sumo y eterno sacerdocio de Cristo.

Cristo es Sacerdote en la plenitud de la unión de la naturaleza humana y divina en su

Persona; y María, de la dimanación del sacerdocio de Cristo, recibe un sacerdocio peculiar que se llama: Maternidad divina, en unión indecible con el Sumo y Eterno Sacerdote.

Así como el sacerdocio de Cristo, desde el momento de la Encarnación, fue perpetuado durante todos los siglos, recopilador de todos los tiempos y donador para todos los hombres, así la maternidad de María, desde el momento de la Encarnación, en la plenitud de este misterio, encierra, por la injerción de todos los hombres en Cristo, la posibilidad abarcadora de contener, bajo el influjo de su maternidad, a todos los tiempos con todos los hombres en cada uno de los momentos de sus vidas; en las cuales, por la Iglesia y a través de su Liturgia, se les hace vivible, captable, y aún más, presente y real, aunque misteriosamente, todo el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo, en el compendio apretado de la maternidad de María. Por lo que la irradiación de esta maternidad se nos da y perpetúa en el seno de la Iglesia, en y a través de los actos litúrgicos, por la contención del misterio de la Encarnación, que, realizándose en María, le hace ser Madre universal, repleta de sacerdocio por su Maternidad divina.

Cristo se es cuanto es en el seno de María, desde él y por él y a través de su Maternidad divina; y, por esta maternidad, Él se nos da en

cada uno de los actos de su vida privada y pública, y aún más, nos perpetúa toda su realidad por la Liturgia durante todos los tiempos.

¡Oh Maternidad divina de María, desconocida, contención apretada del misterio de la Encarnación y extensión perpetuada de este mismo misterio, que por tu medio se da a los hombres bajo la acción santificadora, extensiva, abarcadora y vivificante del Espíritu Santo...! ¡Oh sacerdocio pletórico de la maternidad de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...! Déjame que, bebiendo en el manantial de tu virginidad, yo me sature tan maravillosamente, que, participando de tu fecundidad, dé a luz a Cristo en las almas y sea perpetuación, por mi injerción en Él, de tu maternidad que me hace también romper en fecunda maternidad espiritual.

Ya tengo modelo, en el seno de la Iglesia, para mi alma de virgen-madre. Ya encontré, por Cristo, en María, la plenitud de mi sacerdocio, el descanso de mi virginidad y la llenura de mi fecundidad; teniendo en María y por María mi modo peculiar para responder a Dios en adoración, que necesita, con Ella y como Ella, vitalizar a sus hijos y presentarse con ellos, en la peculiaridad del sacerdocio de cada uno, ante la infinita Santidad como respuesta de acción de gracias, cantándole un himno de perfecta alabanza a su gloria.

¡Qué grande es la Encarnación que, en el compendio de su realidad, nos hace vivir misterios inconcebibles de donación y respuesta...!

Por la plenitud del sacerdocio de Cristo, todos somos capaces de poseer a Dios, siendo por Cristo, con Él y en Él, sacerdotes, en la diversidad de maneras que, en el seno de la Iglesia, Dios ha puesto para todos y cada uno de sus hijos.

«Vosotros sois "linaje escogido; sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable"»[14].

El sacerdocio tiene su modo peculiar en el derramamiento de la unción sagrada sobre el hombre, que, según la voluntad de Dios, se da de una u otra manera a cada uno para la realización de su plan eterno.

El sacerdocio es intrínsecamente unión de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Por eso Cristo, que es la plenitud de ese sacerdocio, es en sí Dios-Hombre.

A María, su sacerdocio le hizo ser Madre de Dios y Madre del Hombre, en una maternidad tan pletórica, que en su seno se realizó la unción de la Divinidad sobre la Humanidad, en realidad plena de sacerdocio.

---

[14] 1 Pe 2, 9.

Por eso, cuando Dios unge al sacerdote del Nuevo Testamento, le unge para sí, para que sea Cristo ante los demás, y para que, con la fuerza y el poder de esta gracia, recoja a todos los hombres y los lleve a Él.

«Como Tú me enviaste al mundo, así Yo los envié a ellos al mundo, y por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad»[15]. «El que a vosotros recibe, a mí me recibe, y el que me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado»[16].

¡Qué grande es el sacerdote del Nuevo Testamento, que, por la unción sagrada, desde el día de su ordenación, puede decir: «Esto es mi Cuerpo», «Esta es mi Sangre» y realizar nuevamente el misterio de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Cristo, frente a Dios y entre los hombres...! ¡Qué grandeza la del sacerdote, que es capaz de perpetuar a Cristo entre nosotros; y aún más, de ser Cristo entre los hombres, con la plenitud y llenura de la participación de su Sacerdocio...!

El dicho de Dios, en el derramamiento de su voluntad infinita, obra lo que dice. Por lo que, el sacerdote del Nuevo Testamento, con la fuerza de la unción de la Divinidad sobre él, es capaz de renovar en perpetuación, cuanto duren los siglos, el misterio de la Encarnación

[15] Jn 17, 18-19.

[16] Mt 10, 40.

que, realizado por la maternidad de María, se nos da con la contención de la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Es el sacerdote el que, a través de la Liturgia, perpetúa a Cristo entre los hombres, el que realiza lo que sólo Cristo puede realizar, en un «decir» que es obrarse el mismo Cristo en cuanto es como Sumo y Eterno Sacerdote, con el poder de su gracia, para bien de la humanidad.

«Todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros: "Por Cristo os pedimos: Reconciliaos con Dios"»[17].

Y por eso, el sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados, de levantar al hombre caído y hacerle hijo de Dios, obrando milagros que sólo el Unigénito del Padre, por la fuerza de su sacerdocio y en la plenitud del mismo, es capaz de efectuar.

¡Ay sacerdote, sacerdote del Nuevo Testamento...! ¡Cómo ha de conformarse toda tu vida a la realización del poder de la gracia que sobre ti ha caído el día de tu ordenación sacerdotal...! ¡Ay sacerdote de Cristo, realidad desbordante de perfección inconcebible...!

[17] 2 Cor 5, 18. 20.

¡Oh Pastores de la santa Madre Iglesia de Dios, poseedores de la plenitud del sacerdocio, continuadores de los Apóstoles, portadores de su pastoreo...!

¡Oh maravilla de la infalibilidad del Papa, que, por ser el Supremo Pastor, posee y es capaz de congregar a todos los hombres en un solo pensamiento, y expresarles con seguridad la voluntad infinita de Dios a través de su palabra de hombre...!

Danos, Señor, saber apreciar tu amor infinito, que, obrando lo que dice, nos hace a cada uno, según el modo peculiar y particular de tu voluntad, participar de Cristo en el seno de la Iglesia para tu glorificación y en la realización de tu plan eterno sobre los hombres.

Todos los cristianos, por la unción de la Divinidad que se derrama sobre Cristo, como Cabeza del Cuerpo Místico, y por medio de la maternidad de María, hemos recibido de la plenitud del Sumo y Eterno Sacerdote un sacerdocio real para la saturación de nuestras vidas y vitalización de todo el Pueblo de Dios.

«Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra»[18].

[18] Ap 5, 9-10.

Porque, así como «el ungüento que chorreaba de la cabeza de Aarón, empapaba todas sus vestiduras llegando hasta la orla de ellas»[19], así todos nosotros, injertados en Cristo, somos empapados de la plenitud de su divinidad, participando de su sacerdocio.

Por el bautismo, todos tenemos nuestro sacerdocio misteriosamente recibido de Cristo, y, en la medida que nos vamos abriendo a la donación infinita, se va haciendo más fecundo, más pleno y más glorificador para Dios en extensión de vitalización para los hombres.

A Cristo, su sacerdocio le viene por la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo, que le hace poder decir, en derecho pleno de realidad: «Yo soy Dios y Hombre».

A María, el derramamiento de su sacerdocio le da capacidad de llamar a Dios: ¡Hijo mío!; y de que el Hijo de Dios la llame Madre, como manifestación de lo que es.

Al sacerdote del Nuevo Testamento, su participación del sacerdocio de Cristo le capacita para decir: «Esto es mi Cuerpo», «Esta es mi Sangre», y para obrar entre los hombres la perpetuación de Dios con nosotros, de tal forma que

[19] Sal 132, 2.

nos haga ser miembros vivos de Cristo en la realidad de su Cuerpo Místico.

La plenitud del sacerdocio de Cristo es tan inmensa, que, de él, todos los cristianos hemos recibido nuestro sacerdocio, capaz de hacernos vivir su vida, su tragedia y su misión en unión con Él mismo y, por Él, con el Padre y el Espíritu Santo, y en intercomunicación de bienes con todos los hombres de todos los tiempos que, adhiriéndose a Cristo, pasan a ser miembros suyos.

¿Cuál fue la postura del alma de Cristo en el momento de la Encarnación? Recibir a Dios y, adhiriéndose a Él, responderle adorándole en un himno de alabanza como reparación a su infinita santidad ofendida; y, en ese mismo instante, volverse a los hombres y, como Dios, dárseles en donación, haciéndola extensiva a todos ellos en la prolongación de los siglos, por la Iglesia.

¡Oh momento trascendente de la Encarnación, que le hace a Cristo recoger también a todos los hombres y, encerrándolos en el compendio de su perfección, retornarse a la infinita Santidad como Respuesta de todos ellos y como Oblación de su Sacerdocio ante la excelencia del infinito Ser, para darles a beber de la abundancia de sus manantiales, de la plenitud de su divinidad...!

María fue sólo una adhesión a todos los movimientos del alma de Cristo en su vida, misión y tragedia, con el matiz de Virgen-Madre; siendo ésta también la postura del sacerdote del Nuevo Testamento, a la cual debe conformar toda su vida.

Y como del sacerdocio de Cristo todos los que estamos en Él hemos recibido un sacerdocio real, por Cristo, con Él y en Él, nuestra vida ha de ser: glorificación de Dios, en extensión de su Reino, como alabanza de su Gloria.

«Vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo»[20].

¡Qué grande es el misterio de la Encarnación, por el cual todos formamos un Pueblo sacerdotal repleto y saturado de Divinidad! ¡Qué grande es la Iglesia, que es la contensora de todo el compendio de la donación de Dios en derramamiento sobre el hombre, que, remansado en su seno, se perpetúa en realidad viva y viviente de infinita donación!

Gracias, Señor, porque hoy, al comprender más profundamente el misterio del sacerdocio, me siento inmensamente feliz por ser la más

[20] 1 Pe 2, 5.

pequeñita en el seno de la Iglesia. ¡Qué dichosa me siento de que la Iglesia tenga una plenitud tan grande de sacerdocio por la diversidad de maneras y estilos de poseerlo...!

Hoy he comprendido aún más claro cómo yo sólo soy «el Eco de la Iglesia» que, en repetición cantora, por la participación de mi sacerdocio, manifiesto el compendio apretado de la riqueza que, en el seno de la Iglesia, Dios ha depositado.

Mi misión es repetir, en mi fidelidad de «Eco», la plenitud de su riqueza, y por eso deletreo como puedo la grandeza del sacerdocio de Cristo, la brillantez de la Maternidad divina de María y la diversidad de maneras de sacerdocio que en el seno de la Iglesia se encierran. Hoy he comprendido aún mejor la diferencia entre el sacerdocio de Cristo y el de María, entre el sacerdocio ministerial del Nuevo Testamento y el de María.

¡Qué grande es Dios en la perfección de su ser, en la intercomunicación familiar de su vida y en la manifestación esplendorosa de su poder, que hace de Dios, Hombre; del hombre, Dios; de la criatura, Madre del Increado; del Increado, Hijo de la criatura; del hombre, perpetuador del misterio de Cristo por la participación de su Sacerdocio; de Cristo, Cabeza de todos los miembros de su Cuerpo Místico; y de

todos los hombres, parte de Cristo en la dimensión del misterio de la Iglesia!

Yo hoy, como «Eco de la Iglesia», por la participación del misterio del sacerdocio de Cristo y de la maternidad sacerdotal de María, unida a todos mis hijos, me presento ante el Amor infinito con el modo peculiar del sacerdocio de cada uno de ellos y con la variedad de sus matices; y, en la plenitud de su contención, respondo a Dios, en nombre de todos ellos, por ellos y por mí, en adoración que necesita ser victimada por la Iglesia, como un himno de gloria a la infinita Santidad. Y en mi himno de alabanza, subyugada por la excelencia de la majestad de Dios, corro a todos los confines de la tierra con la plenitud que me ha dado mi maternidad sacerdotal en el seno de la Iglesia, para saturar a todos los hombres de la divinidad que, brotando del pecho de Cristo, por María y a través del sacerdocio, se nos comunica en perpetuación viviente y misteriosamente real durante todos los tiempos.

¡Qué grande es el compendio apretado que encierra la Iglesia en su seno...! ¡Qué repleto de Divinidad...! ¡Qué saturante de felicidad...! ¡Y qué pocos se sacian en sus manantiales por no descubrir el torrente de sus aguas!

29-9-1976

SON DURAS MIS NOSTALGIAS…

Son duras las nostalgias de mi herido corazón… Espero, sin cansarme, en promesas cargadas de ilusiones que el Amor infinito dijo a mi alma en tiernas donaciones que exigen de mi ser retornación.

Yo escucho en mi interior la melodía de su voz dulce y serena, en delicias de tiernas complacencias. Y conozco el crujido del ímpetu candente de sus fuegos, como conozco el pasar de su fragor impetuoso, cual huracán, por sus glorias impelido.

El tiempo me ha enseñado que es paciente y espera, en años largos cargados de misterios, el Amador que a mí me muestra sus secretos entre nubes, tras tenues velos escondido.

Pero también conozco la excelsa excelsitud del Coeterno en la excelencia de su seerse el Inmenso, donde, en Familia, en posesión perfecta, Dios se es Beso divino en la sapiencia de la altura de su Seno.

Yo sé que entre El que Es y mi pobreza, en la vileza de mi ser entorpecido, existe infinitud

de distancia ante su alteza, pues le he visto, aunque envuelta por las sombras de la fe, en el destierro oscuro en que aún vivo.

Y he visto las Lumbreras de sus Ojos, el Manantial de sus eternas Fuentes; he bebido en la hendidura de su pecho, saciándome, en dulces saboreos, con el néctar de aquel Manjar divino que embriaga en dulzura de los cielos; y marcho, en el destierro, temblorosa, porque puedo perder a Aquel que he poseído, mientras viva en la noche de la muerte y me envuelvan feroces enemigos.

Yo busco serle fiel en cada instante, llegando hasta el final de mi destino, donde me espera, con su pecho abierto, el eterno Seyente, envuelto en su inmenso poderío.

He de pasar senderos pedregosos, cruzando hondos abismos, en noches de silencios prolongados, sin estrellas ni lunas que alumbren mis caminos… Y si amanece el día que abruma en el desierto y que quisiera abrasar mi pecho herido, he de buscar el oasis de Aquel que, con su sombra, se hizo para mí eterna Fuente y Pan divino…

¡Es duro el jadear de mi carrera, con mi pisar, cansado y dolorido, por los largos trayectos que conducen al día de la eterna frontera, donde mora el que yo ansío…!

Es del agrado de Aquel que me ha llamado por mi nombre, mostrarme sus grandezas, trazarme mis caminos, llenarme de promesas, grabando con hondas peticiones en mi entraña aquello que ha querido para mí y cuantos me acompañan.

Pero se goza el que me ama, en decirme que es Él quien en mí obra, y por eso le gusta dejarme en la pobreza de mi nada…

Cuando le miro, mi alma rompe en vuelo subiendo hasta su alteza… Cuando a mí torno, ¡descubro mis pobrezas, mis tosquedades, mis rudos entendidos!, y envuelvo en el silencio de mis penas hondos gemidos… Porque, al tocar misterios trascendentes en la excelencia del Excelso en vida y expresarlo en mi modo reducido, parece que profano las eternas grandezas, ¡y que las mancho ante mi ser torcido…!

¡Misterio que no cabe en mis contornos, que desborda mis pobres contenciones, por ser el mismo Dios, que es infinito, quien se me acerca en donación de dulces peticiones, pidiéndole a mi pobre ser que colabore, en mi saber, con su poder, a sus designios!

¡Si yo dijera de algún modo esto que encierro…, aquello que me oprime en la hondura profunda de mi pecho…!

¡Si expresara lo que oculto en mis silencios, sin darle forma por no tener palabra que des-

cifre cuanto en ellos se encierra, contenido en la hondura de mi pecho enmudecido…!

Yo sé que Dios es grande y es eterno en la magnificencia excelsa de su inmenso poderío; que todo puede por su excelencia eterna, que todo es en su seerse infinito y poseído…

Yo sé también, de un modo muy concreto, que soy la nada, y Él el Todo que en mi pecho anido.

24-6-2001

EN BIENAVENTURANZA SE HA CONVERTIDO MI CULPA PARA MI ALMA DOLORIDA ANTE JESÚS CRUCIFICADO

El misterio maravilloso de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Cristo, ha sido realizado por el poder infinito y coeterno de la adorable Trinidad, a consecuencia y como consecuencia de haberse rebelado la criatura contra la voluntad infinita de la Excelencia de Dios, ofendiendo a su subsistente e infinita Santidad;

para redimirnos y reconciliarnos nuevamente con Él, y para la realización de sus planes eternos, perfectos y acabados, sobre nosotros, al habernos creado a su imagen y semejanza para que le poseyéramos.

Si el hombre no hubiera pecado, Dios no se hubiera encarnado, ni hubiera tenido, para la manifestación del esplendor de su gloria en desbordamiento de compasión, que derramarse sobre nuestra miseria; la cual llevó al Cristo del Padre, el Ungido de Yahvé, a muerte ignominiosa de crucifixión, como víctima expiatoria de reparación infinita ante el Dios tres veces

Santo ofendido; y, cual Cordero inmaculado, a ofrecer su vida en inmolación como rescate que quita los pecados del hombre caído al rebelarse contra el Creador.

Por lo que mi alma, ante la consideración de esta terrible, pero dramática realidad, agradece a Dios, exultante de gozo, con himnos y cánticos de alabanza y bajo la limitación de mi nulidad, con espíritu adorante y contrito, humillada ante la miseria de mi nada, reverente, temblorosa y asustada, que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros.

Pero, por mi amor hacia Él y el drama de mi culpa por haberle ofendido, aunque haya sido tan beneficioso para mí el misterio de su encarnación, vida, muerte y resurrección; hubiera preferido quedarme más pobre, al no ser hija de Dios, injertada en Cristo por Él, con Él y en Él, que la consecuencia de que, para salvarme, se haya tenido que realizar, por la gloria del Nombre de Yahvé, la donación de Dios, reparando mis pecados, en redención de desgarradora crucifixión;

comprendiendo que la Santidad infinita ofendida exigía, por perfección de su misma naturaleza divina, reparación infinita ante la rebelión de la criatura a su Creador; y, por tanto, un Restaurador infinito, del modo y la manera que, al que es Amor y puede y es Amor y ama, le exige su perfección al quererse derramar,

desde la excelencia de su Santidad coeterna e infinita, sobre el desgarro de nuestra miseria, para el esplendor de su gloria en desbordamiento de compasión misericordiosa sobre la ruindad, pobreza y desacato de nuestra miserable rebelión.

Por lo que nunca podemos justificar nuestra culpa, que ha forzado al mismo Dios a tener que sacar de sí mismo un portento portentoso que, en derramamiento de compasión sobre nuestra miseria, es la Misericordia infinita de Dios en manifestación de cómo es Amor que ama, queriéndonos redimir de nuestra maldad por la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo.

No hay nada que pueda justificar la rebelión contra Dios, aunque sus consecuencias sean muy gloriosas para nosotros, y a Él esencialmente ni le quitan ni le aumentan nada: ¡mil veces morir antes que ofender a Dios!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía! ¡Yo te amo! ¡Yo te adoro!

Pero hubiera preferido mi amor hacia Ti vagar, en mi penante peregrinar, sin tu amorosa e inefable compañía, antes que verte maltratado, crucificado y muerto en el patíbulo de la cruz; abandonado de todos, y en el olvido en que te encuentras por la mayoría de tus hijos, después de haber instituido el gran portento de la Eu-

caristía, como manifestación majestuosa y esplendorosa en derroche del amor con que nos amas; y tenerte que ver profanado y tan sacrílegamente tratado por la maldad miserable de los hombres, por los cuales, en crucifixión cruenta, has derramado toda tu sangre.

¡Bienaventurada yo, con la carga de mis pecados, por tal Redentor! Pero más le apetece al amor que te tengo, mi Jesús del Calvario y de la Eucaristía, que criatura alguna nunca se hubiera rebelado contra tu Santidad infinita, y que te ha forzado, para la manifestación de tu infinito poder y el esplendor de tu gloria, a realizar una cosa tan maravillosa para nosotros como dramática sobre Ti, para podernos redimir de nuestros pecados, reencajándonos en los planes eternos de Dios, que nos creó sólo y exclusivamente para que le poseyéramos, levantándonos a la dignidad inimaginable e insospechada de ser hijos suyos, herederos de su gloria, y partícipes de la vida divina.

El hombre carnal que no conoce a Dios ni la magnificencia de la majestad y esplendor de su gloria, no puede comprender, y le parecerá desatino, lo que hoy, día del Inmaculado Corazón de María, mi alma ha penetrado; por una parte, llena de agradecimiento porque «las misericordias de Dios son eternas»[1] y no tienen

[1] Sal 135.

fin; y, por otra, desgarrada y dolorida porque la manifestación de la Misericordia infinita haya tenido que ser tan dramática, en reparación cruenta ante la Santidad del subsistente Ser ofendido, y la restauración de nuestra rebelión contra el infinito y coeterno Creador.

¡Gracias, Señor!, porque «amando a los tuyos los amaste hasta el extremo y hasta el fin»[2] y te quedaste con nosotros hasta la consumación de los tiempos, como sustento de nuestras almas, en comida y en bebida; para saciar nuestra hambre y refrigerar nuestra sed por la saturación, en participación, de la embriaguez de tu misma divinidad, en gozo gloriosísimo y dichosísimo de eternidad:

«El que tenga sed que venga a mí y beba, y el que tenga hambre que venga mí y coma, que Yo le daré de balde del agua de la vida». Ya que «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y Yo en él y Yo le resucitaré en el último día»[3].

«¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te amo!».

Humillada y anonadada ante la miseria de mi ruindad, que tan descarada y descabellada-

[2] Cfr. Jn 13, 1.
[3] Jn 7, 37b; Jn 6, 35; Ap 21, 6; Jn 6, 56. 54.

mente, al ofenderte, te ha hecho derramar toda tu sangre por todos y cada uno de los hombres, exclamo exultante de gozo en el Espíritu Santo:

¡en bienaventuranza para mí se me ha convertido mi culpa por el desbordamiento del Amor infinito, derramándose en compasión misericordiosa sobre la bajeza de mi ruindad!, que hizo exclamar a Cristo con los brazos extendidos:

«Cuando Yo sea levantado en alto, a todos los traeré hacia mí»[4].

Por lo que nuevamente le repito: Dios de mi corazón, Señor del Sacramento y mi Jesús del sagrario:

¡Gracias por haberte quedado en la Eucaristía...!; ¡yo, hecha una con toda mi descendencia, te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía…!; ¡Yo te adoramos!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía...!; ¡Yo te adoro! y te agradezco, desde la bajeza de mi pequeñez y la ruindad de mi miseria, cuanto has hecho conmigo en derramamiento de amor misericordioso, lavando mi culpa de forma que pudiera llegar a ser, terminado el peregrinar de esta vida, en la eternidad, en compañía de todos los ángeles y santos de Dios, bienaventurada ante la contemplación inefable de tu vida.

[4] Jn 12, 32.

Del libro «Frutos de oración»

578. Cuando Dios quiere unir a los hombres consigo, se hace hombre y, así, Él mismo es la UNIÓN del hombre con Dios, ya que en Cristo está el Padre con el Espíritu Santo, y en Él están también todos los hombres; los cuales pasan a vivir con la Familia Divina por medio del misterio pascual, que tuvo su principio en el momento de la Encarnación; realizándose este misterio en el seno de María, donde el *alma-Iglesia*, por su injerción en Cristo, queda penetrada de divinidad. (19-9-66)

580. Es tan excelente la Santidad infinita de Dios, que, al ser ultrajada, no había posibilidad en la criatura para repararla dignamente; y Dios mismo, al encarnarse, se hace Respuesta infinita de reparación, que resarce y adora su santidad. (16-10-74)

581. ¡Qué alegría que, aunque todos los hombres le dijéramos a Dios que «no», Él se hizo su Hombre, y éste fue tan rico, que su «sí» superó infinitamente los «no» de toda la humanidad! (19-1-67)

585. La muerte de Jesús fue el supremo himno de adoración de la criatura que, ante el Creador, responde en manifestación cruenta de repara-

ción diciendo al Dios tres veces santo: Tú sólo eres el que te eres, y yo sólo soy por Ti, como hombre. Y al cargar con los pecados de todos, muero en reconocimiento de tu excelencia, y resucito en manifestación de que soy esa misma excelencia por mí mismo reparada. (16-10-74)

586. El Verbo Encarnado, durante su vida mortal, era el Cristo penante que vivía de eternidad; y ahora es el Cristo glorioso y eterno que contiene también en su alma la tragedia de todos los tiempos. Y, por eso, en la plenitud de su Sacerdocio, es el Cristo Grande que encierra en sí el Cielo y la tierra, la eternidad y el tiempo, la Divinidad y la humanidad; siéndose Él en sí mismo el Glorificado y el Glorificador, el Adorado y la Adoración, la Reparación y el Reparado. (4-4-75)

587. Jesús, en el cielo, es la Adoración incruenta que, en retornación de amor, responde al Amor infinito ultrajado por sus criaturas. (16-10-74)

590. En el Sacrificio del altar, se nos da todo el compendio apretado del misterio del Hombre-Dios en su vida, muerte y resurrección; se nos hace vivir a nosotros también ese Sacrificio junto a Jesús, por Él y en Él para la gloria del Padre y bien de todos los hombres, perpetuándosenos en la Eucaristía la presencia real de Cristo con todo cuanto es, vive y manifiesta. (15-9-74)

« DIOS ME CONSUELA SI SUFRO

¡Qué sería de mi vida
sin mis ratos de Sagrario,
donde consuelo las penas
de mi pecho lacerado
desahogando las honduras
de mis silencios callados;
donde cuento cuanto encierro,
oculto y bien silenciado,
reclinando mi cabeza
en el pecho de mi Amado!

Él me consuela, si sufro,
siempre que corro a su lado,
pues sabe de mis vivencias
a lo largo de los años.

Él obra cuanto contengo
con su toque de taladro
y en la exigencia de vida
que imprime en mí su contacto.

¿Cómo se podrá vivir
sin saboreos sagrados
de Dios, viviendo en misterio,
en encierros silenciados?

Mis penas son tan profundas
como el silencio que guardo,
riendo cuando sollozo
en trágico desamparo.

Silencio de Eucaristía,
trascendencia de lo humano,
contacto con el Dios vivo
y recuerdo del pasado…

Inéditas melodías
en mi pecho destrozado
de tanto clamar gimiendo
ante el toque del que amo…

Secretas son mis vivencias
en heridas de taladros,
porque, si Dios besa, pide
retorno de enamorado.

¿A quién contaré la hondura
que oprimo cuando no hablo,
cuando me ahoga el martirio
de mi misterio encerrado?

Adoración es mi vida
que responde, en don callado,
al Amor de mis amores
en mi sagrario apresado.

¡Encierro de mis martirios…!,
abra el silencio su paso

para descifrar las penas
de mi caminar penando.

El fruto de mis conquistas
quedó de nuevo encerrado
tras las notas del silencio,
perdiéndose en el pasado.

De nuevo cerró la prueba
los frutos de mis trabajos. »

21-9-1974

15-9-1974

EL CRISTO DE TODOS LOS TIEMPOS

Dios es infinitamente perfecto, y, por la perfección de su misma naturaleza, tiene en sí, sido, poseído y terminado, cuanto es y cuanto vive en la abarcación de su eternidad.

La eternidad en Dios es el Acto infinitamente perfecto que, en el compendio de su abarcación, contiene encerrada toda la capacidad potencial de Dios en la exuberancia pletórica de su inexhaustiva perfección.

El tiempo es la posibilidad que Dios ha dado a la criatura para realizar una cosa y llevarla a su término. Y cuando la perfección del que lo realiza o su capacidad para realizarla es mayor, necesita de menos tiempo para consumarla.

Dios, que es la Perfección infinita, no necesita, para ser cuanto es en sí, del tiempo; porque, por la potencia de su perfección abarcadora, es capaz de ser cuanto puede ser en la realización pletórica de su vida infinita, en un acto consumado y terminado de eterna posesión.

«Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre Tú eres Dios»[1].

«Tu trono está firme desde siempre,
y Tú existes desde la eternidad»[2].

Pues, a pesar de que Dios es infinitamente fecundo en la diversidad de sus atributos, por la plenitud de cuanto contiene, también es infinitamente abarcado en el compendio apretado de su riqueza. Y así vive toda la realidad de su seerse intercomunicación trinitaria de vida retornativa, en un acto Sapiental de Amorosa Explicación, en el misterio trascendente de su eterno silencio.

La perfección del espíritu abarca el compendio de todos los tiempos, más o menos, según la unión o participación que tengamos de la eternidad.

Cristo, en todo cuanto vive y hace, es la más perfecta imagen, como criatura, de la Perfección infinita. Por lo que es capaz de contener en sí, y en el mismo instante de la Encarnación, todo el plan de Dios con relación a las criaturas, terminado y abarcado, aunque, para

[1] Sal 89, 2. [2] Sal 92, 2.

la manifestación de ese plan y para nuestra captación del mismo, se valiera del tiempo.

«El misterio de su voluntad es recapitular todas las cosas en Cristo»[3]. «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin»[4].

Cuando quiso manifestarnos su amor eterno, se hizo Camino y, enseñándonos su Verdad, nos conduce palpablemente a la Vida. Y para esto escogió el tiempo que Él creyó necesario a fin de que nuestra capacidad pudiera comprender el plan de su infinita misericordia en derramamiento sobre nosotros.

Valiéndose del tiempo, se nos entregó en Belén como expresión palpable de su amor, nos enseñó con su ejemplo y su palabra, murió en la cruz y resucitó, manifestándonos también que Él era la Resurrección y la Vida que nos llevaba al Seno del Padre.

Queriendo estar con nosotros cuanto duren los siglos, se quedó en la Eucaristía como expresión máxima de su entrega paternal en romance de amor: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»[5]; y, en el día del Juicio universal, vendrá a recogernos para que contemplemos la gloria del Hijo del Hombre en su triunfo sobre toda la creación: «Volveré y os cogeré conmigo, pa-

[3] Ef 1, 9-10. [4] Ap 22, 13. [5] Jn 13, 1.

ra que donde estoy Yo, estéis también vosotros»[6].

Jesús es en sí la abarcación consumada y terminada de todo el plan divino con relación al hombre; siendo, ante Dios, la glorificación perfecta del hombre al mismo Dios, y, ante los hombres, la expresión del infinito Amor en derramamiento sobre ellos. Por lo que toda esta realidad que Cristo encierra, no sólo es vivida por Él, sino manifestada para que la vivamos.

En el instante de la Encarnación, el alma de Cristo, por la grandeza de su perfección, fue capaz de vivir, contener y abarcar, en la experiencia saboreable o dolorosa de su ser, toda su postura sacerdotal de recepción del Infinito y de respuesta en retornación al mismo Infinito; de Receptor de la donación de Dios para todos los hombres, y de Recopilador de todos ellos en sí, siendo la Respuesta de todo lo creado ante la Santidad eterna.

No sé si podré decir, a través de mis pobrecitas palabras y de mis limitadas expresiones, el compendio apretado que mi espíritu, introducido por la mano amorosa de María en el misterio de la Encarnación, descubre de la perfección que Cristo es en sí por la contención de todo el plan de Dios que, en Él y por Él, es

[6] Jn 14, 3.

obrado con relación al mismo Dios y a los hombres.

Cuando mi pequeñito ser no sabe ni puede descifrar las grandezas que, translimitando mis capacidades, yo descubro del Eterno en su serse y en su actuar, caigo en adoración, y, temblorosa de amor, adhiriéndome a Cristo, intento, unida a Él, adorar, responder y glorificar a Dios en la diminuta capacidad de mi pequeñez.

Así como nuestra mente, sin ser introducida por Dios, no puede saborear disfrutativamente la penetración del atributo de la eternidad, por estar éste infinitamente distante de la posibilidad de nuestra captación, así tampoco podemos entender que Cristo, por la grandeza de su perfección, como criatura creada a imagen de la eternidad y como expresión de ella misma, sea capaz de vivir en un instante el compendio apretado de su postura sacerdotal en la abarcación completa de todo cuanto encierra, según la plenitud que su Sacerdocio le dio en la Encarnación.

Cristo abarcó en su espíritu todos los tiempos de todos los hombres, viviendo con todos y cada uno de ellos en todas y en cada una de sus circunstancias. Y así como para manifestarnos la realidad apretada que Él contenía de amor, de entrega, de enseñanza, de donación,

de victimación en necesidad de glorificar al Padre y darse a los hombres, se valió de treinta y tres años, para trasladarse a nuestro tiempo, vivir con nosotros y hacernos a nosotros vivir con Él, se valió de la Iglesia, la cual, injertándonos en Cristo, a través de la Liturgia, nos hace vivir, por medio de la fe, la esperanza y la caridad, la realidad pletórica del Verbo infinito Encarnado, en su ser y en su obrar.

Y, en el Sacrificio del altar, se nos da todo el misterio de Cristo en su vida, muerte y resurrección, se nos hace vivir a nosotros también ese Sacrificio junto a Cristo, por Él y en Él, para la gloria del Padre y bien de todos los hombres, perpetuándosenos en la Eucaristía la presencia real del Verbo Encarnado con todo cuanto es, vive y manifiesta.

¡Oh misterio maravilloso de la perfección de Cristo, que es capaz de realizar lo irrealizable para el hombre!, haciendo posible que yo en mi tiempo, en el Sacrificio del altar, viva lo mismo que vivieron aquellos que estuvieron con el Verbo hecho Hombre.

Y es tan esplendorosa la donación infinita de Dios en derramamiento de amor hacia mí, que, durante todas las Misas de todo mi tiempo, aquella realidad, misteriosamente, es obrada para mí a través de la Liturgia. Y yo, cuando estoy con Jesús en el sagrario, por el poder

de su gracia, vivo de la manera que Él vivió conmigo durante sus treinta y tres años, en la manifestación de su gozo y de su pena, de su entrega y de su amor. Más aún, mis ratos de Sagrario, en mi vida de fe, son la realización de aquel tiempo de Cristo en mi tiempo, que a mí me hace capaz de vivir el tiempo de Cristo ante mi sagrario: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»[7].

Es tan grande la riqueza de la Iglesia, tan fuerte el poder de la gracia que, a través de ella, en nosotros se realiza, que, así como en la eternidad, por la magnificencia de su plenitud, no necesitamos del tiempo ni existe la distancia para vivir a Dios, a pesar de ser la infinita Perfección de inexhaustiva realidad; así, por la perfección del misterio de la Iglesia, manifestación expresiva de Dios, para vivir en cualquier momento de nuestra vida todo el compendio apretado y pletórico de la riqueza que en sí contiene, tampoco el tiempo ni la distancia son impedimento. Ya que el misterio que la Iglesia encierra no es un misterio de recuerdo, sino de realidad viva y viviente que, prescindiendo del tiempo y la distancia, está remansado en su seno para que vengamos a abrevar en sus fuentes como y cuando nuestra *alma-Iglesia* lo necesite para la repletura de nuestras ansias.

[7] Mt 28, 20.

El tiempo, como decíamos al principio, es el medio del cual nos valemos para conseguir una cosa; cuando lo que queremos realizar está terminado en el perfeccionamiento de cuanto es, se muestra o se da en la consumación de su perfección.

Así el misterio de Cristo, con toda su realidad, se mantiene en la Iglesia, terminado en su infinita perfección, y es mostrado y comunicado a los hombres en el tiempo o circunstancia que cada uno de nosotros, introducidos en el seno de la misma Iglesia, necesitamos vivirlo y poseerlo.

La Iglesia es ánfora preciosa repleta de Divinidad, que contiene todo el misterio de Dios en sí y todo el misterio de Dios con relación a nosotros, que, vivido y comunicado por Cristo, se nos hace realidad por nuestra injerción en Él, en todos y en cada uno de los momentos de nuestra vida.

Yo, por ser Iglesia, estoy injertada en Cristo en todos y cada uno de los misterios de su vida, que yo vivo en mi espíritu con más o menos profundidad, con más o menos participación, según mi fe, esperanza y caridad me lo hagan presente. Y por Él estoy injertada también con el Padre y el Espíritu Santo y con todos los hombres de todos los tiempos.

Y así como Cristo durante sus treinta y tres

años vivió realmente mi vida, cargando con los pecados que yo cometería después de veinte siglos y presentándose con ellos ante el Padre como realidad presente –«cargó con nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño»[8]–, yo también, cuando injertada en Cristo me presento ante el Padre, no me presento con un Cristo de recuerdo, sino con el Cristo viviente que, en el seno de la Iglesia, al contener en su tiempo toda mi realidad, a mí me hace vivir, en el mío, toda la suya.

Cristo vivió conmigo y yo vivo de Él. Quitemos los siglos que separan su vida de la mía, y sólo queda su unión conmigo y mi injerción en Él; y, hechos una cosa en el amor del Espíritu Santo, Él se me da a mí tal cual es en su tiempo y en el mío, y yo me doy a Él también en su tiempo y en el mío con todo cuanto soy.

Cristo es el Ungido de Dios por todos los siglos; y ese Ungido de Dios es unción plena de toda su realidad para mí en mi siglo y en mi tiempo: «A Jesús de Nazaret lo ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder»[9]. Lo que a mí me separa de la posesión de la eternidad es el tiempo que me falta para encontrarla; pero, para vivir el misterio de Dios en la Iglesia, no existe más distancia que el pecado. Desaparecido éste, no hay impedimentos, y la vida de la

[8] 1 Pe 2, 24.

[9] Hch 10, 38.

gracia me hace capaz de vivir el misterio de Dios en sí y con nosotros, a través de Cristo.

Durante sus treinta y tres años, Jesús fue el Cristo palpablemente penante, que, en victimación, vivía en su espíritu también de eternidad; y, en mi tiempo, es el Cristo glorioso que, uniéndome a Él por la fe y viniéndose a mí a través de la Liturgia, me hace vivir de su victimación dolorosa, de su petición sangrante y de su inmolación callada.

Jesús es la Gloria infinita del Padre, por su Persona divina, y es el Adorador perfecto de esa misma Gloria, en su naturaleza humana; por lo que Él encierra en su realidad el Cielo y la tierra, la criatura y el Creador, el hombre y Dios, la eternidad y el tiempo. Y, al ser Él, en su naturaleza humana, la imagen o la expresión más perfecta de Dios en todos sus atributos y perfecciones, fue capaz de vivir en su espíritu, a un mismo tiempo y de un modo perfectísimo, la gloria de la eternidad y la abarcación de su misma vida y la de todos los hombres. «Él es la Imagen de Dios invisible, el Primogénito de toda la creación… Él es el principio… Él es el primero en todo, porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud»[10].

[10] Col 1, 15. 18-19.

Cristo recogió en su vida todos los tiempos reduciéndolos a treinta y tres años, porque Él es la capacidad abarcadora de todos ellos. Valiéndose de sus treinta y tres años, fue y se manifestó como el Cristo penante que, llegando a victimación cruenta, vivía a un mismo tiempo de eternidad; y durante todos los demás tiempos que Él fue capaz de contener en sí por la perfección de su ser, se nos manifiesta a través de la Liturgia como el Cristo glorioso que contiene en sí la victimación de su misma vida con la realidad viviente de todos los hombres.

Jesús es abarcación de todos los tiempos en diversidad de circunstancias; y así como los Apóstoles le vieron cruentamente padecer, siendo la Gloria del Padre, nosotros le vemos ahora gloriosamente gozar, siendo la víctima inmolada. Pero es un mismo Cristo, que, abarcando los tiempos con todas sus circunstancias, se nos hace presente o patente de una u otra manera, conteniendo en sí toda su riquísima realidad.

«Es el Resplandor de la gloria y la Figura de su Ser, y habiendo hecho la purificación de los pecados, se ha sentado a la derecha de la Majestad de las alturas. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y para siempre»[11].

Porque no podemos dudar de que, cuando Cristo se manifestó a los Apóstoles en el Tabor

[11] Heb 1, 3; 13, 8.

apareciendo con la luminosidad de su gloria, no por eso dejó de ser la víctima que encerraba en su corazón la penante tragedia de todos los hombres; como tampoco el día de su triunfo universal dejará de ser el Sacerdote ofrecido al Padre por la salvación de todos. Por lo que, cuando yo, en mis ratos de sagrario, escucho el lamento de Jesús que, penando, me pide amor y reparación, no vivo de un recuerdo ni de una imaginación pasada, sino de la realidad que Cristo, con relación a mí, vivió en el tiempo de su manifestación –«Vi al Cordero de pie como degollado»[12]–.

Cuando yo oro a los pies del sagrario, estoy con Cristo como es: con su vida, muerte y resurrección, con sus tragedias y sus penas, sus glorias y sus alegrías; viviéndolo en la posibilidad que el tiempo a mí me ha dado. Y esta posibilidad, por perfección del derramamiento del Amor infinito, me es tan real, tan total, tan íntegra y tan acabada, que todo lo que aquellos que estuvieron con Jesús vivieron en su tiempo, yo lo vivo en el mío. Lo mismo, ni un poquito más ni un poquito menos, ya que Jesús es el Cristo de todos los tiempos, que se manifestó en un tiempo, pero que se perpetuó en todos los siglos tal cual es por la perfección de su esplendidez.

[12] Ap 5, 6.

Lo que pasa es que, así como nuestra mente no es capaz de captar que toda la realidad infinita del infinito Ser, en el apretamiento coeterno de la Familia Divina, sea vivida, por perfección de su naturaleza, en un solo acto de ser, tampoco somos capaces de comprender, ni siquiera vislumbrar, el modo espléndido con que la magnificencia de Dios nos hace vivible, captable y real, a través del misterio de la Iglesia, toda la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Cuando estoy ante el sagrario, estoy con Cristo tal cual es. Sé que ahora es glorioso y está en el Seno del Padre viviendo conmigo toda la realidad sangrante que, en su tiempo, viviendo Él este instante, realizó para mí. Y unas veces disfruto con su gloria, y otras sufro con su penar; con el penar que Cristo, al vivir mi realidad, mi tiempo y mis circunstancias, padeció; respondiéndole en la necesidad que, ante su vivir Él conmigo, yo tengo de vivir con Él; «Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»[13].

La fe está por encima del tiempo; y la Liturgia, enseñoreándose de todas las circunstancias, es tan rica y tan extensiva, que no sólo traslada a Cristo a mi tiempo, sino que a mí me traslada al suyo; por lo que la Eucaristía es

[13] 1 Cor 11, 26.

una expresión viviente del Sintiempo, en manifestación de amor eterno a los hombres.

Aquel tiempo contuvo a Cristo victimado palpablemente, viviendo de eternidad; y este tiempo a mí me da a Cristo glorioso siendo la Víctima inmaculada. Y cuando yo, por la perfección abarcadora de mi vida de fe, para recibir el misterio de Cristo, me pongo frente a Él, prescindo del tiempo y, mirándole de hito en hito, vivo cuanto es, en la manera pequeñita que mi capacidad me da; pero más o menos abarcadoramente, más o menos realmente, según la participación que la vida de la gracia a mí me proporciona en vivencia saboreable de los misterios de Dios.

Una vez que yo he comprendido, en mi modo pequeñito de captar, algo de la excelencia de la eternidad, y algo también de la perfección expresiva de Cristo manifestando el atributo de la eternidad en su manera de dársenos, para mí el tiempo ha pasado a ser como el eco que una campana podría dejar después de su reteñir. No existe el tiempo para mí; sólo existe Dios y su plan, viviendo Él su realidad conmigo y yo mi realidad con Él.

Alma querida, quita de tu captación, en la manera que puedas, todo lo que te separe de la vida de Cristo. Corta el tiempo, si puedes, en tu imaginación, como cortarías la soga que va

desde el fondo hasta el brocal de un pozo; quita la soga, coge el cántaro con la mano, y dime qué te separa de él.

Dios se sometió al tiempo, pero su amor infinito fue tan grande y tan perfecto en la donación de su entrega, que, por medio de la Liturgia, unió misteriosamente nuestras vidas a la de Cristo. Por lo que yo no necesito de nada para saciar mi sed directamente en el brocal del Chorro de la Vida, sino que abrevo en sus aguas, saciándome en sus manantiales con la misma fluidez, frescura y vitalidad que los que estuvieron con Jesús, porque yo experimento que estoy con Cristo lo mismo que ellos, y que Él está conmigo como con ellos. Siento el frescor de la Palabra infinita Encarnada, el latir de su corazón, el palpitar de su pecho, la caricia de su mirada, el quejido de su agonía, el penar de su soledad, el dolor ante la incomprensión de los que no le quieren recibir...; y escucho, en la amargura de mi pecho dolorido, los latigazos de los azotes, el crujir de la coronación de espinas, la desolación de la traición de Judas. ¡Qué vivirá Cristo que yo no viva con Él, prescindiendo del tiempo, en el compendio apretado de su perfección y en la captación de mi amor que, en respuesta, se entrega como puede...!

El tiempo no es más que una burlona carcajada que intenta destruir y dejar sólo en el

recuerdo la realidad viva y viviente de la manifestación palpable del amor infinito de Dios para con el hombre, que, en todos y en cada uno de los momentos de nuestra vida, se nos da en el seno de la Iglesia por la fuerza de su poder.

Jesús, en el sagrario, es el Cristo del Padre que contiene en sí el Cielo y la tierra, lo divino y lo humano, la vida y hasta la muerte, el gozo y el dolor; y eso lo es para mí tal como lo es en la manera riquísima y esplendorosa, magnífica y espléndida que Él tiene por la perfección apretada de su contención de ser, «Él que es la plenitud en todo y por todo«[14].

En mis ratos de Sagrario, junto a las «puertas de la eternidad», se me muestra la Gloria del Padre, la Figura de la sustancia del Eterno en Expresión cantora, que es el Verbo. Y en mis ratos de Sagrario también, junto a las «puertas de la eternidad», por la manifestación del esplendor de la gloria de Dios, se me da Cristo penante y sufriendo, reclamando mi corazón para apagar su sed, pidiéndome mi entrega para calmar sus ansias, y diciéndome sus penares para que le consuele.

El *alma-Iglesia* es tan grande, ¡tanto, tanto!, que, por su injerción en el Sumo y Eterno Sacerdote, como miembro del Cuerpo Místico,

[14] Ef 1, 23.

vive con Él y en Él todo el misterio de su vida, muerte y resurrección, junto con todos los hombres que, injertados en Cristo, son miembros suyos; los cuales, a su vez, misteriosamente unidos con las otras almas, poseen toda esta gran maravilla y esplendorosa realidad. ¡Qué grande es ser Iglesia y qué pocos lo saben!

Cuando Cristo me une a Él por el misterio de la Encarnación en su tiempo, y se une a mí en el mío a través del bautismo, al quedar injertada en Él, paso a ser miembro de su Cuerpo, del que Él es Cabeza; desapareciendo, por la vida de gracia, los impedimentos del tiempo para vivir la realidad del Sumo y Eterno Sacerdote en la plenitud de cuanto es, vive y manifiesta.

Pero aún más. Cuando soy consciente de mi realidad, siento en mí los dolores de Cristo que me crucifican, el abandono de su Getsemaní, pasando a ser su vida mi vida; por lo que sus sentimientos, sus apetencias, sus urgencias y aun sus glorias, pasan participativamente a la médula de mi corazón, pudiendo decir con San Pablo: «Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí»[15]. Él vive en mí y yo en Él. Por eso, su gloria es mi gloria, su pena es mi morir, e, impregnada del palpitar de la Iglesia, que, en

[15] Gál 2, 20.

el compendio de todos sus miembros, es el Cuerpo místico de Cristo, necesito ser eucaristía, acción de gracias, adoración a Dios, donación a todos los hombres para ser comida por todos, hambreando ser toda para todos y que todos seamos uno en la caridad del mismo Espíritu Santo.

Y así como, para participar de las divinas Personas, yo no tengo que ir a la eternidad, porque Dios se vino conmigo introduciéndome en Él, que es la Eternidad, así, para vivir a Cristo, yo no necesito trasladarme a sus treinta y tres años, porque Él, superando el tiempo por medio del misterio de la Iglesia, se vino a mí con todo el compendio apretado de su realidad misteriosa.

¿Dónde hay un alma que el tiempo sea capaz de separarla de mí? El espíritu, unido a Dios, es abarcador de todas estas realidades; por lo que, en la participación del mismo Infinito, yo estoy en el seno de Dios, viviendo con Cristo en la unión del Espíritu Santo, con todos los hombres.

«Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno, como nosotros lo somos: Yo en ellos y Tú en mí, para que sean completamente uno»[16].

[16] Jn 17, 22-23.

¡Ay si los hombres viviéramos de Dios..., si trascendiéramos los conceptos creados..., si saboreáramos los eternos, haciéndonos capaces de captar la trascendente trascendencia de todos ellos...!

¿A ver dónde hay criatura, tiempo ni distancia que pueda separarme a mí ni un ápice del Verbo infinito Encarnado, en cuanto es, vive y realiza? Sólo mi «no» al plan divino abriría una distancia y tal vez un abismo insondable entre Él y yo; pero, en la medida que soy adhesión lo más perfectamente que puedo al derramamiento infinito de su divina voluntad sobre mí, en esa misma medida Él y yo somos uno en la unión del Espíritu Santo.

Alma querida, cualquiera que seas dentro del seno anchuroso de la santa Madre Iglesia, vive tu realidad de miembro del Cuerpo místico de Cristo, asimila todos los movimientos del alma de Jesús, y ten la seguridad de que, en el compendio apretado que te da tu *ser de Iglesia,* irás descubriendo la sencillez aplastante, vivificadora y captable de todo el plan de Dios, a través de Cristo, para con el hombre.

Yo me siento el «Eco de la Iglesia mía«, porque todo el palpitar de su corazón –que es Cristo viviendo con ella– es recogido en mi pecho y repetido en la diminuta capacidad de mi vibración por el impulso del Amor infinito,

que, siendo mi Esposo divino, me hace romper también, como fruto de su amor, en derramamiento de maternidad espiritual.

Hijo de mi *alma-Iglesia*, escucha el gemido de mi corazón: entra en la profundidad profunda del pecho de Cristo, recibe el palpitar de su doloroso Getsemaní prescindiendo del tiempo y circunstancias que te rodean. Porque para el cristiano, en la dimensión de su capacidad, no existe el tiempo ni la distancia, siendo, con Cristo, universal, a imagen y reflejo de la perfección de Dios que manifiesta el atributo de la eternidad en Cristo, y que, por Él y en Él, lo hace repercutir en todos sus miembros.

10-9-1976

ES MI VIDA BUSCAR AL AMOR SIN CANSARME

Yo te busco en mis ansias de amar, mi Señor, porque anhelo tenerte sin velos, en tu entraña; descansando en tu pecho bendito en mis noches, que son largas, profundas, secretas, calladas…

Si el silencio me envuelve, mi Dueño, yo te llamo en mi hondura en tu seno, y te encuentro.

¡Es tan dulce tu voz en mi oído, con candentes palabras…!

¡Es tu rostro sereno, tan divino y sagrado, sin saberlo expresar con mi acento…!

Si apercibo tu paso, cuando vienes a mí cautivado, se me encienden mis fuegos en romances lacrados.

Amador de mi vida, si en la herida sangrante de tu pecho, reposo contigo […][1], adorante,

[1] Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

complacido me miras, porque «así» Tú me pides que me acerque al sagrario, a Ti unida.

Yo te busco en mis horas calladas y cargadas de dones, y te llamo en ternuras de dulces clamores; y me enciendo en nostalgias, que son peticiones de encuentros, en besares de gloria con la luz de tus Soles.

Muchas veces te oí, Luchador de conquistas cargado, pronunciar en mi alma tus palabras eternas, exigiendo mi don sin mirarlo; sin pensar cuál sea éste, si me gusta o me cuesta lograrlo…

¡Tú no pides, mi Dueño, más que aquello que das en amor entregado!

Si me acerco a tu seno bendito, en la excelsa morada de tu alteza infinita, Tú te inclinas a mí; y allí dentro, desde el *Sancta Sanctórum* de tu inmensa excelencia, me reclamas que entre en tu Seno, apoyada en tu fuerza; y me muestras misterios que no es dado saber a hombre alguno, sin subir a la altura intangible de tu ser, en lumbreras coeternas de excelentes secretos…

Al océano excelso de tu inmenso poder me llevaste, sin saber cómo fue, tras un vuelo.

Y allí supe, sin maneras de acá, con tu modo de allá, el profundo saber de tu encierro:

¡Sapiental Expresión pronunciabas, ¡oh Padre!, en tu sola Palabra de divinos cantares…!

¡Qué romances más dulces yo escuché en tus umbrales…!: Melodías eternas en fluyentes amores de filial complacencia, ¡triunfales!

¡Oh qué Amor resurgía en besar de Coeterno, en descanso amoroso de Familia, en un Beso…!

¡Ya no importa si quedo en silencio aquí abajo; pues, después de saberte en tu alteza, he quedado transida, esperando, sin cansarme en mis penas, que me lleves, en el día de tu eterno querer, allí dentro, de nuevo.

Si me acerco al sagrario y te miro jadeante en nostalgias de amores, Tú me invitas que descanse contigo, mi Eterno; y allí oigo la misma Armonía que, en divinos acentos, refulgente de gloria, yo viviera en mis días de cielo…

Y si miro a mi Cristo llagado, en la cruz por amores muriendo, yo comprendo que Él es la Gloria de Respuesta adecuada al Excelso, respondiendo a la Alteza infinita desde el suelo…

Y apercibo también que el Amor me reclama muriendo: que me entregue, sin nada querer, sin buscar más que ser a su lado, «así» una con Él, como Iglesia que clama en destierro.

Es mi Iglesia el Cristo bendito de todos los tiempos, abarcando en su seno a Dios mismo

y a todos los hombres, en un modo tan bello, que, en romances de eternas conquistas, me repite, en las notas que envuelve el misterio, el vivir del Dios vivo, por amores reventando de amor, y colgado muriendo.

Si te busco, mi Dios, yo te encuentro también, con honduras secretas de divinos ensueños, allí dentro en el seno materno de la Virgen bendita; que, de tanto ser Virgen, fue besada en su entraña con un Beso tan bueno, divino y eterno, que la hizo ser Madre del Ungido de Dios; al cual Ella le llama ¡Hijo mío!, con pleno derecho.

Es mi vida buscar sin cansarme, esperando, transida en mis vuelos, los encuentros de tiernos amores que al azar se me dan cuando menos lo pienso.

Mi vivir es llamar en anhelos cargados y sellados por hondos silencios; y es saber que me escucha el Dios vivo y se inclina hacia mí, para alzarme hacia Él, abajando su alteza hasta el suelo…

Y temblando de amores, conociendo el misterio, lloro y río, en contrastes cargados, en mi marcha hacia el cielo.

Soy extraña y distinta de todos aquellos que caminan conmigo hechos uno, sin querer más

que a Dios, sin buscar más que serle descanso y consuelo.

Soy feliz en mi espera, porque vivo «así» donde quiero; ya que sólo deseo estar siempre en el centro del querer de mi Sol, ¡aunque sea en destierro…!

Si le llamo, me responde; si le busco, le encuentro; si me lanzo hacia el Ser, Él me adentra en su seno; y si vengo al Sagrario o a mi Cristo en la cruz, ¡siempre alcanzo al que espero…!

Y si llamo a mi Madre con ternuras inéditas, cual lo haría el pequeño, me acurruca en su entraña y me dice, con palabras cadentes de profundos acentos, que Ella es Madre al ser Virgen y por serlo, en el Beso infinito que, en arrullos de amores, le ha dado el Dios bueno.

Hoy mi espera es pedir y tener, es buscar y encontrar en nostalgias descansando en la lucha de mi largo trayecto; porque Dios es mi Todo, y, al tenerlo en su vida, yo apetezco su encuentro en el modo silente que, en clamores, le llamo y le tengo.

¡Amador de mis dones, el buscarte, con mi modo de ser, es encuentro…!

Del libro «Frutos de oración»

991. Yo me siento más Iglesia que alma y más alma que cuerpo, experimentando en lo profundo de mi interior como una nueva vida que fluye del pecho de Dios a mi espíritu; vida que me hace exclamar con el Apóstol: «Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí»[1].
(25-4-78)

992. Por ser miembro del Cuerpo Místico en saboreo de Iglesia fecunda, experimento cómo mi vivir es Cristo y Éste crucificado; siendo Él la Palabra que me enseña, el Camino que me conduce y la Verdad que me penetra. (25-4-78)

994. La vida de Dios es una comunicación amorosa de mutuo entendimiento sabroso en beso de amor. (13-11-78)

995. Nuestra unión con Cristo exige que pensemos y actuemos como Él; y sólo en la medida que vamos incorporando su vivir, Él descansa en la compenetración de nuestro entendimiento con el suyo. (29-4-73)

[1] Gál 2, 20.

« PLENITUD DE ASCENDIMIENTO

En mi pobre comprender,
barrunto, tras el Misterio,
grandezas insospechadas,
plenitud de ascendimiento
en la eterna posesión
del Seyente en sus adentros.

Entiendo, sin entender,
con mi pequeño concepto,
el inmenso proceder
del Infinito y Eterno.

Mientras más grande concibo
la plenitud del Coeterno,
más me gozo ante el Sagrario
al mirar su abajamiento.

Dios es grande por su serse
de inexhaustivo portento,
que puede ser cuanto quiere
–y su querer es eterno–,
que no necesita cosas,
ni criaturas, ni tiempo
para serse de por sí
su subsistente Misterio.

Dios posee su porqué,
teniéndose, en su seerlo,

infinitud de atributos
y capacidad de serlo.

Cuando mi alma pequeña
penetra el Serse en su seno,
comprende, sin comprender,
en sencillo entendimiento,
las grandezas del que Es
en la eternidad sin tiempo,
por tener su subsistencia
en sí mismo y sin esfuerzo.

¡¡Señorío del Seyente!!
que abarca, en un solo tiempo,
cuanto es y cuanto puede,
cuanto sabe y cuanto quiere,
en un solo pensamiento…

¡Qué grande comprendo hoy
el Sagrario en su misterio,
Jesús clavado en la cruz,
la Encarnación entre velos,
María, Madre de Dios,
criatura de este suelo...!

¡Qué grande aparece el Ser,
al poder, por su poder,
de tanto serse el Excelso,
ser criatura, ser Pan,
y, en el seno de María,
constituirse su cielo!

Secretos de eterno Ser,
que puede, porque es Inmenso,
ser Dios y Hombre a la vez,
¡portento de los portentos!
Hay que saber lo que es Dios,
para intuir lo que es esto.

¡El Eterno que se encarna!,
silencio de ascendimiento,
¡María, Madre de Dios!
¡Y yo, que intuyo el porqué
de estos ocultos misterios...!

¡¡Ratos grandes de Sagrario
ante las puertas del cielo!! »

28-5-1974

«Frutos de oración»

1.001. La cruz es el gran misterio de toda mi vida. ¡Pero yo amo a mi Cristo, y a Éste crucificado, y sé bien dónde y cómo me espera en todo y siempre! (13-11-76)

1.003. Mi *alma-Iglesia* necesita ser Cristo; por lo que, en la asimilación de su vida, vivo de su vivir frente a Dios, gozándome en la infinita santidad del Coeterno, y victimándome con Él, por Él y en Él, en la dimensión de su doble faceta: la gloria de Dios y la extensión de su Reino. (15-10-74)

1.005. Cuando estoy en la cruz, estoy con Cristo; cuando estoy en el Tabor, estoy con Él; y, como mi vivir es Cristo y mi palpitar, su voluntad, siempre y en cada momento soy feliz; porque teniéndole a Él, tengo cuanto pudiera necesitar en la gran dimensión universal de mi *alma-Iglesia*. (15-10-74)

« ¿POR QUÉ ASÍ?

Un día yo sentí que me llamabas
por mi nombre;
y en mi ser se imprimió tu Palabra,
que era eterna.
Te busqué en mi vida solitaria,
y te encontré.
Tu Beso se incrustó en mí para siempre,
y me fecundizó.

Me sentí madre de innumerables almas
para tu gloria.
Tu luz inundaba toda mi vida
en tu fuego,
y, en tus delicias, yo me recreaba
en el día.

Pero se hizo de noche y con tormenta,
que estremece.
Te busqué en tu luz y en tu fuego,
¡y no estabas!
Te llamé por tu nombre eterno,
¡y no me respondiste!
Cayó la granizada y, con su hielo,
quedé helada.
Gimo por el día del encuentro,
¡y no llega!

Y hoy quiero preguntarte:
¿por qué, Amor?, y ¿hasta cuándo así…? »

26-4-1967

« ¿ERES TÚ…?

¿Eres Tú el que envuelve mi noche?
¿Eres Tú el que ambientas mi vida?
¿Eres Tú?

¿Eres Tú el que alargas mi espera?
¿Eres Tú el que pides mi lucha?
¿Eres Tú?

¿Eres Tú quien prolonga mi prueba?
¿Eres Tú quien alarga mis días?
¿Eres Tú?

Si eres Tú, mi Señor, si eres Tú,
¡yo te espero serena y tranquila! »

12-9-1966

«Frutos de oración»

1.008. Por estar injertada en Cristo, estoy llamada a cantar con Él su canción eterna, y por Él y en Él, a vivir con el Padre y el Espíritu Santo en la congregación de los hijos de Dios. (14-4-67)

1.009. El *alma-Iglesia* tiene la misma vida y misión universal que Jesús: dar la vida divina a todas las almas de todos los pueblos y de todos los tiempos. (31-11-63)

1.018. Mi canción es amor que va del seno del Padre al Verbo, y del Verbo al Padre; y en los dos me abraso en el Espíritu Santo. Mi canción es amor que va de Dios a Cristo y de Cristo a María. Mi canción es amor que va de Jesús a los hombres, con corazón de Iglesia y amor de Espíritu Santo. (20-9-74)

1.023. Yo soy «el Eco» de la Iglesia mía, que ha de estar siempre repitiendo la Voz que en sí recibe; Voz que la Iglesia tiene en su seno, que es el Verbo. Por eso yo no necesito ni tengo

nada nuevo que decir o enseñar, no; yo sólo soy «el Eco", que se deja oír en repercusión, del canto de la Iglesia. (20-4-64)

17-9-1972

ECO DE LA IGLESIA

Son tus peticiones en mi pecho herido, como requemores que, en tiernos quejidos, penetran la hondura de mi corazón…

Oigo tus lamentos, cual volcán abierto, que me manifiestan su desolación… Escucho rumores…, lamentos de angustia…, abandonos lentos…, honda inmolación…

¡Es la Iglesia mía que, envuelta en sus penas, descubre a mi alma, cual Madre amorosa, la llenura inmensa de su gran misión…!

¡Oh, si yo pudiera romper la apretura y las estrechuras de mi seno herido por los alaridos que envuelvo en sollozos y oculto en la hondura de mi corazón…!

Dios se ha convertido dentro de mi pecho en quejidos hondos de una petición. Secreta es su habla y tierno su acento, ¡pero es taladrante cual hierro punzante, hiriendo mi entraña en cauterio lento de una inmolación!

Son sus peticiones palabras ocultas, son descubrimientos de sus pensamientos y del plan inmenso de la Redención… Son sabiduría sus

tiernos cauterios, que llenan la hondura de mi seno abierto, en coloquios tiernos que son petición.

¡Ay, si yo expresara de alguna manera estas resecuras de mi contención…! ¡Ay, si yo dijera con mis expresiones la apretura inmensa que envuelvo en dolor y, en silencio, oculto, bajo mi clamor…!

Es mi seno herido cual volcán abierto y cual manantiales que se desbordaran fluyendo en amor.

Son las cataratas de mi pecho en celos ¡tan incontenibles!, ¡tan irresistibles!, que vivo muriendo por los cautiverios de un quedo clamor.

Es Palabra dulce y en tiernos coloquios la voz del Eterno; ¡pero es tan punzante la sabiduría de su Explicación!, que hoy, en resecura por sus manantiales, se abrasa mi entraña con el fuego inmenso del poder de Dios.

Él pide en silencio con clamor punzante, con cauterios hondos, cual volcán abierto por el celo herido de su corazón.

¡Calla, alma querida!, ¡no intentes de nuevo rasgar los secretos de tu inmolación!

Si el silencio es vida que envuelve el misterio, ¡¿qué importa que el hombre no entienda tu don…?!

¡Calla, alma querida!, vive en tu silencio sólo para Dios…

Quisiera expresar mis ansias, decir mis clamores, manifestar de algún modo esta apretura apretada que aprisiona fuertemente la médula de mi espíritu…

Quisiera romper las cadenas que oprimen mi alma; dar libertad a la palabra abrasadora que, en cauterios de fuego, encierro en mi ser…

Quisiera, ¡si pudiera!, romper en cantares que son alaridos de la petición del Amor inmenso; alaridos hondos en clamores de fuego, que expresaran la amargura torturante de mi corazón lacerado por la petición avasalladora del inmenso Poder…

«¡Ay de aquel que cae en las manos del Dios vivo»[1], y es escogido para proclamar los ardores inmensos de su petición…!

¡Ay de aquel que reciba el impulso avasallador, infinito y eterno, de la llama encendida de la Boca de Yahvé, y aperciba palabras eternas en comunicación de Amigo…, y sea escogido para ser el receptor en la tierra de los misterios del Eterno…!

¡Ay del que descubra los misterios del Inmenso, y sea enviado por el infinito Poder a comunicarlos, como manifestación de la Canción cantora del Verbo entre los hombres…!

¡Ay del que oprime en su pecho los secretos del Amor…! ¡Ay de aquel que, ante la llenura

[1] Heb 10, 31.

del que Es, del que se Es de por sí el eterno Seyente, se siente trasbordado, superado, translimitado y sin poder contener la repletura insondable del Inmenso en su pequeñito corazón…!

¡Ay de aquél…! ¡Ay de aquél…!

¡Si yo expresara lo que es la llenura constante, profunda, prolongada, penetrante, hiriente, taladrante, torturante y rebosante de la infinitud del Ser, en petición de manifestación a los que, teniendo ojos, no ven, teniendo oídos, no oyen, teniendo sentidos, no palpan…!

¡Si manifestara el apretamiento apretado del volcán cerrado que vivo en mi hondura…! ¡Si yo descifrara de algún modo la inmolación sangrante de mi seno oprimido…!

¡Si pudiera deletrear, o al menos dejar traslucir, los martirios de mi silencio ante la petición constante del Amor, que me impele con poderío eterno a lanzar mi canción de Iglesia viva y palpitante, a romper en expresiones, a describir, a manifestar los secretos de la eterna Sabiduría, comunicados día tras día, años tras años, al «Eco» palpitante de su canción sangrante…!

¡Pero no…! Porque no tengo palabras para decir mis volcanes…; porque no encuentro manera de romper con mis silencios…; porque no descubro los corazones abiertos que yo necesito para depositarles el mensaje sangrante de mi misión…

Y por eso, mi inmolación, mi silencio, mi tortura, mis clamores, mis apetencias, mis fulgores, mis expresiones, mis manifestaciones son cada día más cerradas, más sangrantes, más hirientes, más envueltas en el misterio.

Y por ello, tal vez, me encuentre más incomprendida, camine más sola, más desterrada; me experimente más inmolada y más escondida, con más ansias de eternidad ante la petición clamorosa del Amor eterno, que se convierte dentro de mi ser en tortura de silencio, de desprecio por parte de los que no son Él, y de espera…

Siempre, cuando intento expresar mis ansias y manifestar de alguna manera las luces profundas de mis pensamientos, más triste me quedo, más sin exponerlo…;

¡más honda es la herida de mi cautiverio!, ¡más sangrando en llaga!, y en más apretura camino en la vida hacia el Día eterno…

Dios sabe las ansias de mi pecho abierto, y los alaridos que contengo hundidos tras de mis lamentos…; conoce las penas que envuelvo en mi acento y mis expresiones, aunque esté en silencio…

¡Él sabe que muero tras las peticiones de sus pensamientos, que son cual saetas que van traspasando las profundidades de mi entraña herida, de mi pecho en celos!

Mas, cuando Dios pasa y le siento en beso, en caricias dulces y en coloquios tiernos; todos mis penares quedan impregnados con las claridades de un presentimiento…

¡Son presuntos dulces su paso en mi seno, que me hablan de gloria, que me hablan de cielo, dejándome llena en gozos inmensos!

Y así vago en vida entre los clamores crujientes en celos; que son poderíos del poder potente de Dios; que son fuegos, que son peticiones, que son requemores y que son volcanes en grietas abiertos…

Pero a un mismo tiempo, cuando la apretura de mi pecho herido me pone muriendo, Dios, cual Padre bueno, se me manifiesta en beso amoroso en los manantiales y las refrescuras de su amor eterno. Y entonces mis penas se truecan en gozos, en días de gloria, en luces de cielo, en soles de vida y en festín de Eterno…

Por eso, en contrastes, vago en mi destierro, viviendo los modos que el Amor imprime dentro de mi pecho.

Modos que son vida, aunque sean muerte o me sean cielos… ¡Modos tan distintos!, ¡modos tan diversos, que es Cristo glorioso y es Cristo muriendo, en las realidades de su plan eterno…!

Y así, en mis maneras, voy manifestando, porque soy el «Eco», los penares hondos de la Iglesia mía, de Cristo muriendo, y las claridades de su triunfo inmenso…

¡Soy «Eco de Iglesia»!, y por ello encierro, en las requemuras de mi ardiente anhelo, voces del Dios vivo, clamores de infierno, martirios de muerte y glorias de cielo.

Soy el «Eco» herido de la Iglesia en duelo, que expreso sus ansias del modo que puedo, y canto sus glorias dentro de mi seno en paso de Dios y en beso de Inmenso…

¡Soy «Eco» de Iglesia…! ¡Qué misterio encierro…!